

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

AÑO XI

✻

BARCELONA 12 DE JULIO DE 1900

✻

NÚM. 503

SE ALQUILA



LOGOGRIFO A DESCIFRAR:  
¿qué es lo que hay para alquilar?





## ALMACEN DE NOVIOS

LA noticia se extendió por la población con la celeridad del rayo.

—¿Sabéis lo que sucede?—decían los que primero se habían enterado de la novedad.— En la plaza acaba de abrirse un *Almacén de novios*.

La gente, al principio, no quería creerlo. A las muchachas casaderas, especialmente, les parecía un absurdo. Con la escasez que del artículo se deja sentir en estos tiempos, ¿cómo era posible que un comerciante hubiese conseguido llenar de él un almacén y ofrecerlo al público á tanto la pieza?

Pero el hecho, por raro que pareciese, no admitía duda. Todas las jóvenes sin novio, que eran las más, fueron á la plaza, y allí pudieron convencerse de la exactitud del rumor, viendo por sus propios ojos el almacén, cuya existencia pregonaba la fama.

Era una tienda poco más ó menos como las demás. Sobre la puerta veíase un gran rótulo conteniendo las tres extraordinarias palabras: *Almacén de novios*, y á ambos lados dos tarjetones venían á completar el sentido del letrero. El de la derecha decía así: *Rubios, morenos y de todos los colores*. Y el

de la izquierda: *Economía, perfección y solidez*.

El establecimiento estaba cerrado por un gran cortinaje, coquetonamente recogido á un lado de la puerta, junto á la cual manteníase de pie, con ademán distraído, un sujeto que parecía ser el dueño de la casa.

—¡Qué felicidad!—se decían las muchachas unas á otras.—Se acabaron nuestras fatigas y desazones: tendremos novio á nuestro gusto, y no inseguro ó pegado con alfileres como los que de vez en cuando nos salen, sino nuestro, muy nuestro, de propiedad particular.

Con todo, un recelo parecía atormentarlas.

—Oiga usted,—dijo una de las jóvenes, acercándose tímidamente al dueño del almacén,—la existencia de novios que usted tiene... ¿es abundante?

El almacenista, comprendiendo el alcance de la pregunta, sonrió involuntariamente.

—Tranquilizaos, niñas; para todas habrá.

—Y ¿son muy caros?

—Los más guapos y elegantes cuestan cincuenta pesetas.

Poco faltó para que las entusiasmadas mu-



chachas, al oír esta explicación, se desmayasen de placer. Aquello era una ganga nunca vista. ¡Poder adquirir un novio de los más elegantes y guapos por diez duros!...

Muchas de ellas no los tenían, pero eso las apuraba poco. De las mismas entrañas de la tierra los harían salir, tratándose de semejante asunto. Los pedirían prestados, implorarían limosna, robarían, venderían al diablo su alma si era preciso... Todo, antes que dejar escapar tan magnífica ocasión de poseer el novio de sus ensueños.

—Volvemos en seguida, señor,—dijeron todas ebrias de felicidad.—Vamos á buscar las cincuenta pesetas.

—Escuchad, os advierto que también los hay más baratos.

—¡Nó, nó!—repitieron ellas.—Los queremos de los buenos, de los finos.

Y emprendieron la carrera como una bandada de palomas que, viendo abierto su encierro, se lanzan al espacio buscando aire, luz y libertad.

A los cinco minutos una de las jóvenes estaba ya de vuelta.

—Vengo por un novio.

—Pasa, y escógelo á tu gusto.

El singular comerciante levantó la cortina, y la muchacha penetró resueltamente en la tienda.

¡Qué delicioso espectáculo el que ante sus ojos atónitos vió entonces desplegarse!

Los novios estaban allí en número considerable, alineados, silenciosos y un poco fríos; pero guapos todos, jóvenes, esbeltos y llenos los ojos de dulzura infinita.

—¿Pueden... tocarse?—preguntó la joven, tras un momento de pudorosa vacilación.

—Ni tocarse ni decirles palabra, mientras la elección no esté hecha. Tú les pasas revis-

ta, te fijas en el que más te agrade, lo tomas y asunto concluído.

—Y si me sale malo ¿me lo cambiará?

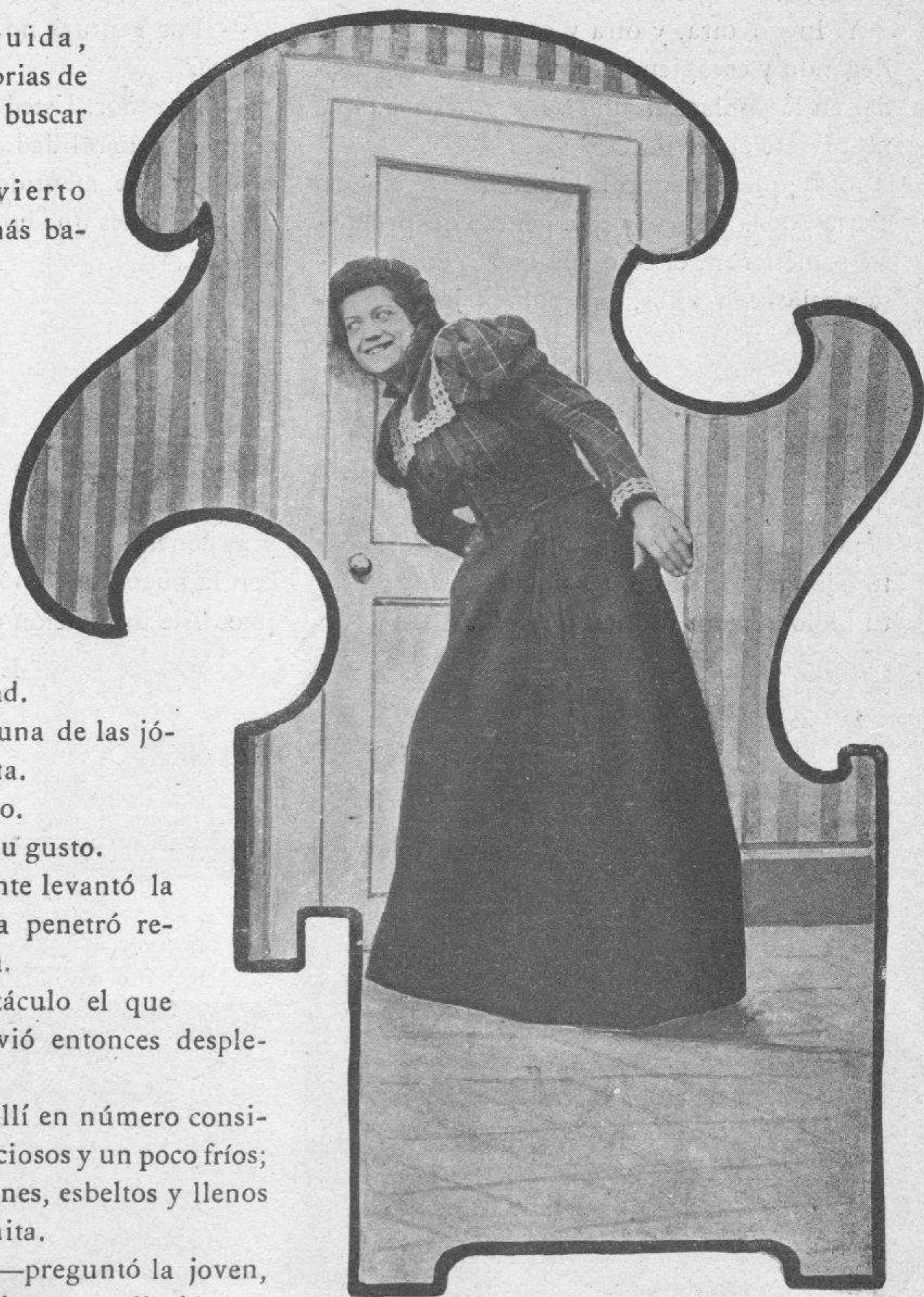
—Malo, no hay ninguno.

—Pero al menos, dígame usted,—insistió la muchacha bajando discretamente la voz.

—Yo únicamente les veo el semblante, el porte, la figura... Y de lo demás ¿cómo son?

El comerciante dejó escapar una leve sonrisa y respondió con acento paternal:

## DE ESCUCHA



—¡Ya está aquí! Sus armoniosas pisadas no pueden confundirse con las de nadie más.



## La Saeta

—Como la generalidad de los jóvenes que se ven por el mundo.

Era lo bastante. La enamorada niña tomó un rubio de ojos de cielo, pagó las cincuenta pesetas y se marchó.

Pronto llegó otra que se fijó en un moreno de barba negra como el azabache.

—¿Está corriente de todo?

—Es como la generalidad.

Tras ésta vino otra, que se prendó de un tipo de pálida tez y frente soñadora.

—¿Irás bien?

—Como la generalidad.

Y luego otra, y otra y otra, todas fueron llegando y escogiendo novio, hasta no quedar en la población una sola muchacha que no tuviese el suyo.

Mas ¡qué desencanto! Sin que á ciencia cierta pueda decirse á qué género de pruebas les sometieron, el caso fué que al encontrarse á solas con ellos, las pobres jóvenes hu-

bieron de convencerse de que los galanes que con tanto alborozo habían adquirido eran simples monigotes, muy bonitos, muy bien puestos, muy elegantes, pero, al fin y al cabo, de cartón.

Corrieron á la tienda, gritaron, protestaron, trataron al comerciante de bandido y otras cosas peores; pero él, en vez de incomodarse, les preguntó con dulzura?

—¿Qué os pasa? ¿De qué os quejáis?

—De que nos ha vendido usted unos novios de cabeza huera, sin sangre, sin nervios, sin corazón, sin alma, ¡sin nada!

—¿Por ventura no os lo advertí oportunamente?

—Nó, señor. Usted nos ha dicho que eran como la generalidad.

—Y no he mentado, niñas: la generalidad de los jóvenes que hoy se ven por el mundo... son así.

ADOLFO PALMA

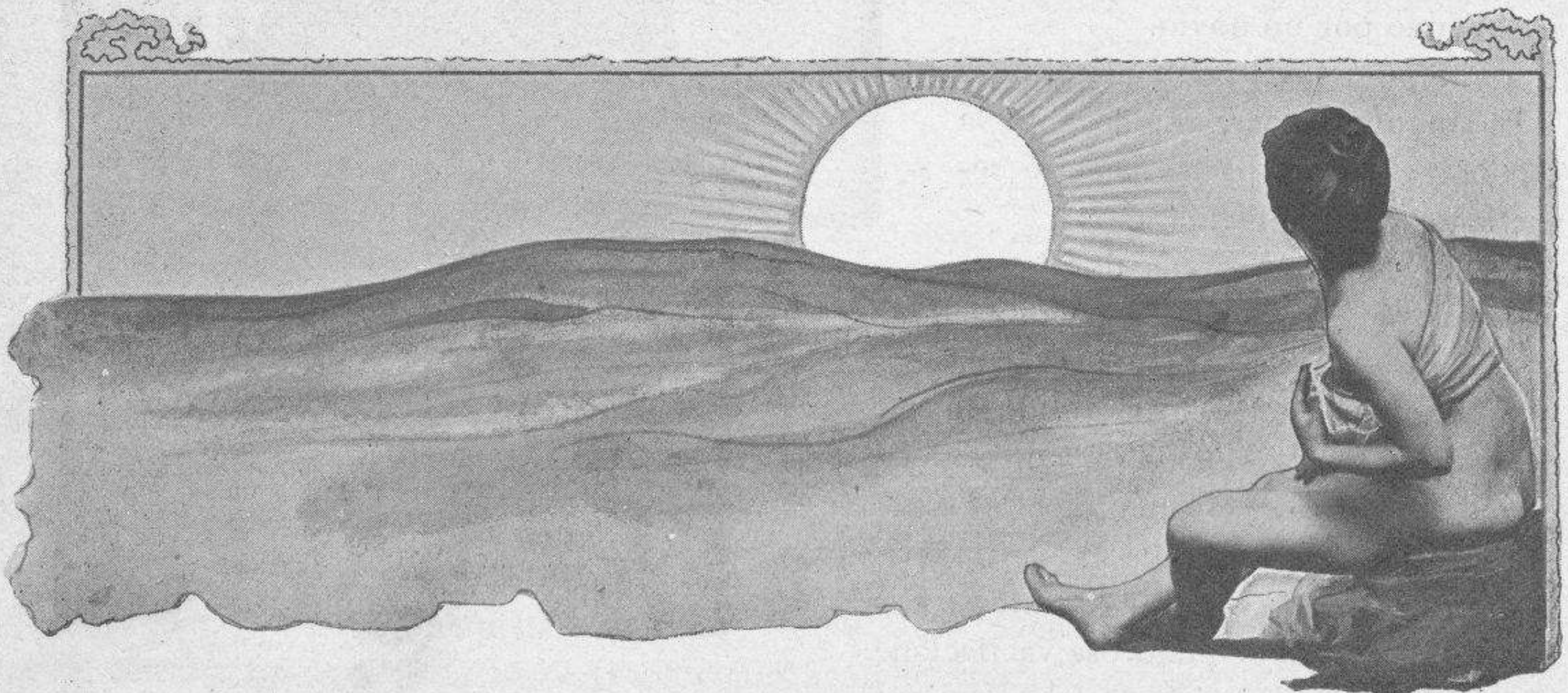
## PERCANCE DOLOROSO

¡Me llamabas tu dicha, tu ventura,  
tu adorado tormento, tu embeleso,  
tu ídolo amado, tu gitano rico!...

y al ponerte la mano en la cintura  
con la buena intención de darte un beso,  
¡me diste un bofetón en el hocico!

L. E. LÓPEZ DE HARO

## UN ESPECTACULO NUEVO



—Es la primera vez que veo salir el sol... ¡Como siempre me acuesto tan tarde!



## A vuela pluma

## SITUACIÓN DIFÍCIL

**P**UES, señor, en este mundo se dan Pérez para todos los gustos.

Desde hace tiempo conocíamos á uno, sí, al invencible Pérez el del clarinete; más tarde conocimos á otro sin clarinete, pero que, sin embargo, se dedicaba á escribir *reseñas de exposiciones* y otros excesos en el periódico de *Malo, digo, de Loma*, y últimamente nos ha salido otro, modernista no obstante, á quien le es lo mismo mandar una filípica al gobernador para que impida las representaciones de obras valencianas en Barcelona, por inmorales (*jangelito!*), como declarar *solemnemente* que el arte castellano está tísico, ó como bailarse unas seguidillas manchegas encima de la calva de Gay, pongo por equilibrio inestable.

Esto último, naturalmente, no nos hace perder el apetito ni mucho menos, pero respecto á aquello de inmoral, sí que nos permitiremos decir al señor Pérez, que, cosas más, mucho más subditas de color, han pasado por estos escenarios, con aplausos de todos, y que el sainete valenciano ha venido á formar una escuela, cosa que no ha logrado el catalán, á pesar de su moralidad y... tal. En cuanto á lo de arte tísico, dele usted recuerdos de nuestra parte, y le recomendamos las obras llenas de *vida y salud* de Rusiñol, Adriá Gual y demás compañeros mártires.

\*\*

—¿Y del Intruso, qué?

—Pues que me resultó lisiado al final. Verás: el amigo Yáñez, ese corazón de buen alma, al oír el sonido de los cascabeles de los caballos, *embotelló* la mar de palmas para soltarlas, lleno de entusiasmo, en el momento de verse y abrazarse la duquesa con su padre; cuando héte aquí que el autor coge los caballos del ronza, háceles dar media vuelta, se muere el viejo sin ver á su hija y... cae el telón. El efecto moral fué desastroso, y el sensible Yáñez, todavía llora la muerte desdichada del pobre viejo.

—¡Ya se consolará!

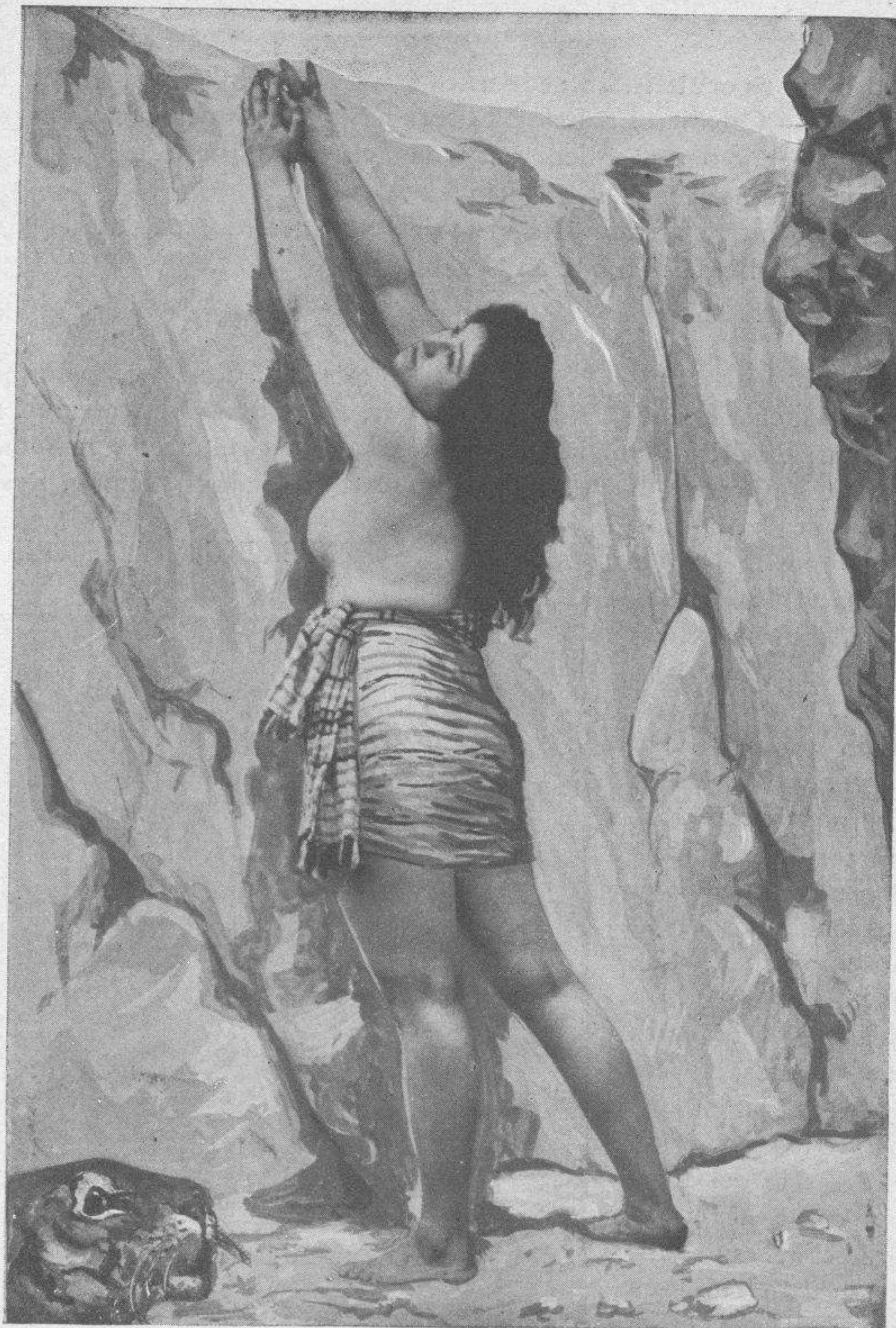
\*\*

—Mira, ¿sabes eso lo que es?

—No lo recuerdo, chico.

—Pues eso es *Zaxá*, aquella damisela tan adorable que nos trajo la Mariani, este invierno pasado.

—¿De veras? Nunca lo hubiera dicho. ¡Cuánto se ha desfigurado en tan poco tiempo!



¿Una mujer solita y comestible,  
un tigre con más hambre que diez lobos,  
y ni sombra de agentes de orden público?  
¡Ay! Aquí va á pasar algo muy gordo.

R. H.



## RECURSO SUPREMO

### I

**N**ó, no os ocultéis... Puede usted salir, marcharse libremente... No tema nada...  
—¡Caballero!... Estoy á sus órdenes. Una reparación...

—No exijo nada... Silencio... Que nadie pueda sospechar lo que aquí ha pasado...

—¡Enrique! ¡Por Dios, Enrique!

—Nó, no te asustes. No tiembles, no llores... Arréglate esas ropas... Beso á usted la mano, caballero... Tú, ahí en el gabinete te espero...

### II

—Nó, si se explica; tenía que suceder, Angelita... Nos casamos, porque á ti y á mí nos dijeron: «cásate;» lo mismo nos hubiéramos casado, tú con otro hombre y yo con otra mujer; nos era indiferente la persona... Fuímos felices algún tiempo. Después vino el cansancio,

creo que hasta nos aburrimos... Ni yo satisfacía los ensueños de tu imaginación, ni tú los de la mía... Y hemos arrastrado así una vida triste y monótona, que nos desesperaba, sin cariño, engañándonos mutuamente, engañándonos á nosotros mismos, fingiendo y ocultando nuestros verdaderos sentimientos, creyendo en un amor que no existía... Y vino el divorcio del cuerpo, como había venido el del espíritu... Tú te abandonaste en el torbellino de la sociedad, viviendo la vida de la mujer á la moda, que sólo piensa en joyas, trajes, fiestas y adoradores; yo, me engolfé en los negocios, volví á las amistades de soltero, al trato con perdidos de buen tono y mujeres fáciles... y ocurrió... lo ocurrido, lo natural; lo que tenía que ocurrir... Encon-

### CONFERENCIA TELEFÓNICA.—I



—¿Que vaya otra vez *allá*?... No puede ser hoy.



traste un hombre con más talento, más ingenio, más atractivos, que no tenían cuantos de continuo te rodean, incluso yo, y te entregaste á él... El adulterio se consumó al fin... No te culpo por ello, Angelita, porque yo también he pecado, porque soy tan culpable como tú...

—¡Yo... yo te amaba, yo te amo aún, Enrique mío!

—Yo también te amo, sí; pero nos amamos de un modo raro, superficial, sin arrebatos, sin celos, sin nada de lo que constituye el verdadero amor...

—Nó, Enrique, te equivocas... Nuestro amor es verdadero, real; está como aletargado... Eso es todo... ¿Quieres que lo resucitemos? ¿Sí? ¡Pues escúchame!... Pero, antes... para tener valor... ¿me das un beso?...

III

*Angelita y Enrique en el gabinete de cierta casa, que no es la suya*

**Angelita.**—Te has hecho desear... Llevo diez minutos esperándote.

**Enrique.**—Sí... Pero, Angela, por Dios, ¿qué casa es ésta?

**Angelita.**—¿Qué nos importa? ¿No quieres que vuelva, que se anime con todos sus fuegos nuestro cariño, el amor de la carne siquiera? Pues cúmpleme lo prometido: calla y obedece...

CONFERENCIA TELEFÓNICA.—2

IV

*Angelita y su más íntima amiga, Concha López-Frías, en el tocador de aquélla.*

**Concha.**—¿Yeres feliz?

**Angelita.**—Sí; todo lo feliz que se puede ser en este mundo.

**Concha.**—Pero ¿y aquello?

**Angelita.**—Fué una tontería... Nos sorprendió Enrique; ya lo sabes.. Nos perdonó á él y á mí; nos reconciamos, quisimos resucitar nuestro amor... y lo hemos conseguido.

**Concha.**—¿Cómo?

**Angelita.**—De un modo muy sencillo... El amor, digan lo que quieran algunos filósofos, es carnal... antes y después que todo carnal... Todo amor platónico ó idealista, termina siempre por buscar el placer, la carne, como



—¡Qué embustero! Habla de siglos... y nos vimos anteayer.



## La Saeta

natural complemento suyo... Eso hicimos nosotros: entregarnos al único amor, buscando sus goces más refinados, provocándole en sus gracias más exquisitas... Y, para conseguirlo... Apelamos á un recurso supremo... Fuímos, somos, esposos y amantes... fingimos un adulterio que ya ignoro si lo es ó nó. Hay á ojos vistas en nuestra casa un hogar modelo, nadie sospecha, porque nada se trasluce en lo tocante á nuestro cariño... A solas, parecemos amantes pecadores que disputan al mundo su dicha, y se ocultan para conservarla, y tiemblan ante la idea de ser descubiertos... Nos forjamos la ilusión de que no somos marido y mujer, y gozamos de un placer prohibido, no sólo por las leyes de Dios, sino también por las de los hombres y... así, espoleado por estos alicientes intensos y sugestivos, nuestro amor vuelve, crece, se desarrolla tirano y avasallador, esclavizándonos con toda la fuerza del pecado...

**Concha.**—Pero eso es inmoral, Angelita.

**Angelita.**—Puede que lo sea... Pero á costa de eso, á costa de sacrificar Enrique su dignidad, y yo mi pudor: abstrayéndonos del mundo y de sus murmuraciones y convencionalismos; rompiendo el falso lazo del matrimonio, para crear el de un verdadero amor, somos felices y dichosos... ¡Y eso es lo principal, querida mía!

AGUSTÍN GARCÍA CANO

CONFERENCIA TELEFÓNICA.—3



—Anda, ahora dice que no le quiero...

## ÍNTIMAS

Si no tuviera miedo  
de tu hermosura,  
te llamaría amante  
¡oh niña pura!  
y en voz potente  
clamaría en tu oído:  
—¡Sé más clemente!

\*\*

No vayas, no á la fuente  
niña adorada,  
que si rompen tu cántaro  
serás burlada;  
y en un instante  
verás como te olvida  
tu fiel amante.

\*\*

La playa no es buen punto  
niña rumbosa,  
para colmar tus sueños  
color de rosa;  
véte al Liceo:  
Cupido va en tu busca  
con Himeneo.

\*\*

Las flores que colocas  
en tu cabello,  
son de colores varios  
vivo destello;  
y su fragancia  
me obliga á que me rinda  
á tu elegancia.

JOSÉ BORRELL



## ¡FUÉ PESADA!...

Todos los días nos reuníamos en el mismo café.

El invierno con sus tardes frías y desapacibles nos obligaba á buscar este refugio, que aceptábamos de buen grado, por no encontrar otro más propio á la conversación y chacota de seis ú ocho amigos de envidiable humor, ya que no de riqueza: pues hubo veces de permanecer encerrados en casita, por impedirlo el total desfallecimiento de nuestros bolsillos.

Aquella tarde se hablaba de bromas pesadas.

Cada cual relató las que, á su juicio, parecían mayores, y cuando me tocó el turno, recordé un hecho histórico que les conté en la siguiente forma:

Fué una noche que yo me hallaba en la Princesa.

Se había terminado el primer acto, y lo aproveché para salir á fumar un cigarro. Llevaría como cinco minutos practicando este incomprensible vicio, cuando de un corro que había formado á mi derecha, salió el desagradable ruido de una bofetada. Me acerqué, y con gran asombro, ví que uno de los contendientes era un amigo; procuré enterarme de la cuestión, y, como siempre, resultaron ser la causa, las malditas faldas. Resumen; hubo cambio de tarjetas, nombramientos de padrinos y demás requisitos para un desafío.

Acompañé á mi amigo hasta su casa, y una vez en ella, entre su hermano y otros dos muchachos, decidimos jugar una mala pasada al contrario, que era el prototipo de la imbecilidad, y á quien todos profesábamos una profunda antipatía.

El duelo había de verificarse á los dos días; á pistola y en una finca propiedad de uno de nuestros conspiradores.

Las balas serían de inofensivo corcho, hábilmente disimuladas por encima con polvillo de lapicero.

Nuestro duelista

CONFERENCIA TELEFÓNICA.—4



—¡Uy! ¡Cómo le pone el calorcillo de estos días!



## La Saeta

llevaría oculto entre los pliegues de su camisa, una bolsita llena de una substancia colorada para simular sangre en el momento de ser herido (porque tenía que resultar maltrecho), su mano izquierda iría armada de un alfiler, para pinchar á la ya citada bolsita cuando cayera pesadamente en tierra, y en fin, otros detalles que no expongo por no cansaros.

Llegado el día, nos trasladamos en carruaje á la quinta, dispuestos á poner en práctica nuestro plan.

Una vez reunidos todos y cruzados los graves saludos de ordenanza, fué elegido sitio.

Se enseñaron las armas, se cargaron, y poco después las destruimos sin apercibirse nadie más que nosotros.

Una moneda decidió el que había de hacer el primer disparo, correspondiéndole al contrario.

Disparó, sin hacer el menor daño como es de suponer. Al segundo, los otros padrinos se interpusieron para calmar los ánimos, interpretando la voluntad de su apadrinado, pero nuestro amigo no quiso conformarse para poder ejecutar nuestro maquiavélico proyecto.

Con gran sentimiento de los otros y alegría nuestra, se colocaron nuevamente en sus sitios respectivos.

### CONFERENCIA TELEFÓNICA.—5



—¡Besos por teléfono!... ¡Qué atrevido!... ¡Y qué bien suenan!

Otra vez le tocaba disparar primero al contrario; hizo fuego, y aquí fué Troya. Mi amigo entró en el desempeño de su papel. En primer lugar se quedó quieto, después le flaquearon las piernas, se llevó la mano izquierda al pecho del mismo lado donde llevaba la bolsa (para pincharse), soltó la pistola... y cayó, como un cuerpo inanimado, en tierra.

Hicimos, aparentemente alarmados, un corro al rededor del herido, y como yo iba en calidad de médico ó cosa parecida, con gran cuidado aparté la vejiguita de forma que no se viera más que la parte encarnada.

El bromeado contrincante, no sabía qué hacer, ni lo qué decir.—Lívido, con una palidez mortal, y casi casi con los pelos de punta por el terror, nos decía á todos repitiendo pala-



bras inconexas:—¿Lo ven ustedes?—¡Yo no quería, no quería, pero ha sido él, él, que se empeñó! ¡Qué desgracia!...

Yo les dije en alta voz que aunque la bala había interesado algunos tejidos importantes, sin embargo la herida no era de gravedad. Sus padrinos se quedaron clavados, deseando seguramente que en aquel momento se les hubiera tragado la tierra, y nosotros conteniendo la risa que pugnaba por escaparse de nuestros labios. El herido se puso malo (no por la herida sino por contener una carcajada, que entonces hubiera sido de un deplorable efecto).

Por fin, aquella legión de espectros, después de repetir los saludos rituales que en casos tales imponen la etiqueta, se fueron... yo creo que al otro mundo, dentro del coche que entonces les servía de ataúd. Llegar nosotros á la caseta del guarda y confundirse en un ruido ensordecedor nuestras unísonas carcajadas y risa, fué todo uno.

Se destaparon varias botellas que á prevención había, y muy agradablemente se festejó nuestra victoria, no obstante resultar vencidos.

Al poco rato llegó uno de los guardas, diciendo que había visto un coche con tres caballeros enlutados y sin pronunciar palabra. Nuevas risas generales y más consumo de bebida.

Transcurridos dos días, un criado se presentó en casa del herido preguntando por su estado; se le contestó que estaba mejor, para seguir representando la comedia.

Mas esta broma pudo tener fatales consecuencias, porque á los pocos días de ocurrido este lance, se encontraron á la calle los dos adversarios; el otro comprendió el ridículo en que le habían puesto... y poco faltó para que el desafío fuera una realidad.

Con que ¿qué os parece el desenlace?

Todos estuvieron conformes en confesar la pesadez de la tal bromita, mas celebraron su ingeniosidad con grandes risotadas, aclamándome por unanimidad *Rey* aquella tarde.

J. SANS FERNÁNDEZ

#### CONFERENCIA TELEFÓNICA.—6



—Nada... Me da lástima, pobrecillo. Le diré á mi marido... que mamá ha vuelto á ponerse mala.



# TRAGICA

I

*Salón. Techo alto, con artesones. Grandes ventanales, por donde penetra la luz de una mañana alegre. En la pared retratos graves de guerreros y cortesanos. Un precioso lienzo en que no se sabe si el pintor quiso representar el incendio de Roma ó la ruina de Sagunto: está descolorido, desdibujado. Muebles riquísimos, pero antiguos. El barón de Barbeille, Luis de Barbeille y Castrocunes, joven, figura estirada, de rostro simpático, ligeramente afeminado, acaba de ser introducido, y se pasea á lo largo de la estancia examinándolo todo con curiosidad.*

**Luis** (*pensativo, para sí*).—Lo que yo me figuraba. Aventura tenemos. La cita me pareció misteriosa...

No conozco esta casa; no recuerdo haber estado nunca en ella. Al pronto temí... Nó, cosa de María de los Angeles no puede ser. Alguna dama de alto copete: esto huele á pergamino rancio.

*Entra María de los Angeles Urdiña, mujer guapísima, esbelta, veintitrés años, en el momento en que el barón, de espaldas á la puerta, examina la tela histórica. Viste de negro y lleva cubierta la cara con velo espesísimo.*

**María**.—Le doy á usted gracias por la puntualidad.

**Luis** (*saludando ceremoniosamente*).—Nunca fué sordo el barón de Barbeille al llamamiento de una dama... Pero, señora, no me explico este misterio inverosímil en los tiempos presentes, de horrible prosaísmo y de llaneza. Levante usted el velo y caiga yo rendido ante la hermosura de ese rostro que imagino gentil y sin par.

**María**.—Ya veo que el barón no desmiente su proverbial galantería. Tenemos que tratar de un negocio grave, y no es prudente en mí...

**Luis** (*interrumpiendo*).—Puedo dar á usted fe de mi discreción. No está en mis hábitos comprometer á las damas que confían en mi caballerosidad. Tranquilícese.

**María**.—¡Oh, Dios mío! Está usted equivocado: no se trata de un lance amoroso. Temo que al señor barón (*irónicamente*) no le ha de ser muy grato que me destape.

**Luis**.—¡Cómo nó, si á través de la máscara adivino las facciones más dulces y encantadoras que pude ver en mi vida!

**María**.—¡Cuidado!... soy un interrogante que puede convertirse en pavorosa acusación.

**Luis**.—Tiene gracia. La voz, ligeramente velada, tiembla, y es nuncio de cariño, nó de odio.

*Se adelanta resueltamente, con un brazo extendido, y ademán de hacer presa amorosa en el velo. María de los Angeles retrocede, hasta colocarse detrás de un sillón de alto respaldar.*

**María**.—Luis de Barbeille,

## JUNTO Á LA ORILLA



—Es curioso. ¿Quién demontre les habrá enseñado á nadar á los peces?





te reconozco; acabas de arrojar la careta y no es justo que yo conserve la mía.

*Con mano nerviosa echa el manto sobre el suelo, á sus piés, y permanece en actitud arrogante.*

**Luis** (con indescriptible estupor).—¡María de los Angeles!... ¿Tú?

**María**.—Yo, María de los Angeles: la sombra de tu pasado; el grito de tu conciencia; el fantasma de tu crimen. María de los Angeles... yo.

**Luis** (quitándose los guantes y estrujándolos).—¿Qué quieres? Déjate de palabras gordas, buenas para un melodrama. ¿Por qué me has citado aquí? ¿Cómo estás aquí? ¿Qué casa es ésta? ¿Qué quieres? Dí pronto.

**María** (irónica).—Cálmese el señor barón; no esté tan de prisa; recuerde las horas muertas que pasó al lado mío, sin acordarse de Dios ni del demonio, y resignese. Tome asiento, que no es cosa de despachar en dos minutos.

**Luis**.—Pues no más de dos minutos ha de ser.

**María** (con soberana soberbia).—Yo no soy mendigo á quien se arroja por importuno. No soy tampoco la tímida señorita Angeles de Urdiña. No soy la enamorada doncella. Soy la mujer española que vuelve por los fueros de su honra escarnecida, segura de sus sentimientos y de su voluntad... Cálese usted, barón, no me interrumpa. Soy la castellana de Audin, nieta del marqués de Audin, y única heredera de sus claros blasones y de su señorío. Soy el juez que va á fallar con sentencia inapelable.

*Luis cae anonadado en una butaquilla y sepulta entre sus manos la cabeza.*

**María**.—Así me gusta. Comprende el señor barón que no le conviene el escándalo. A mí tampoco. Es este juicio á puertas cerradas. Pero si el señor barón se empeña en sacar las uñas, no faltará quien las corte. Me atrevo yo con él, pero para mayor ignominia se encargaría de arrojarle por una de estas ventanas el señor de Oudin, viejo de setenta años cumplidos... No proteste, ya es notoria la cobardía del barón, que iguala sólo á su vileza.

**Luis**.—No me insultes, María de los Angeles.

**María**.—No soy María de los Angeles... Soy la castellana de Audin, vizcondesa de Nitoville.

**Luis** (cínico).—¿Vizcondesa consorte?

**María**.—Una mujer de mi temple y de mi linaje se

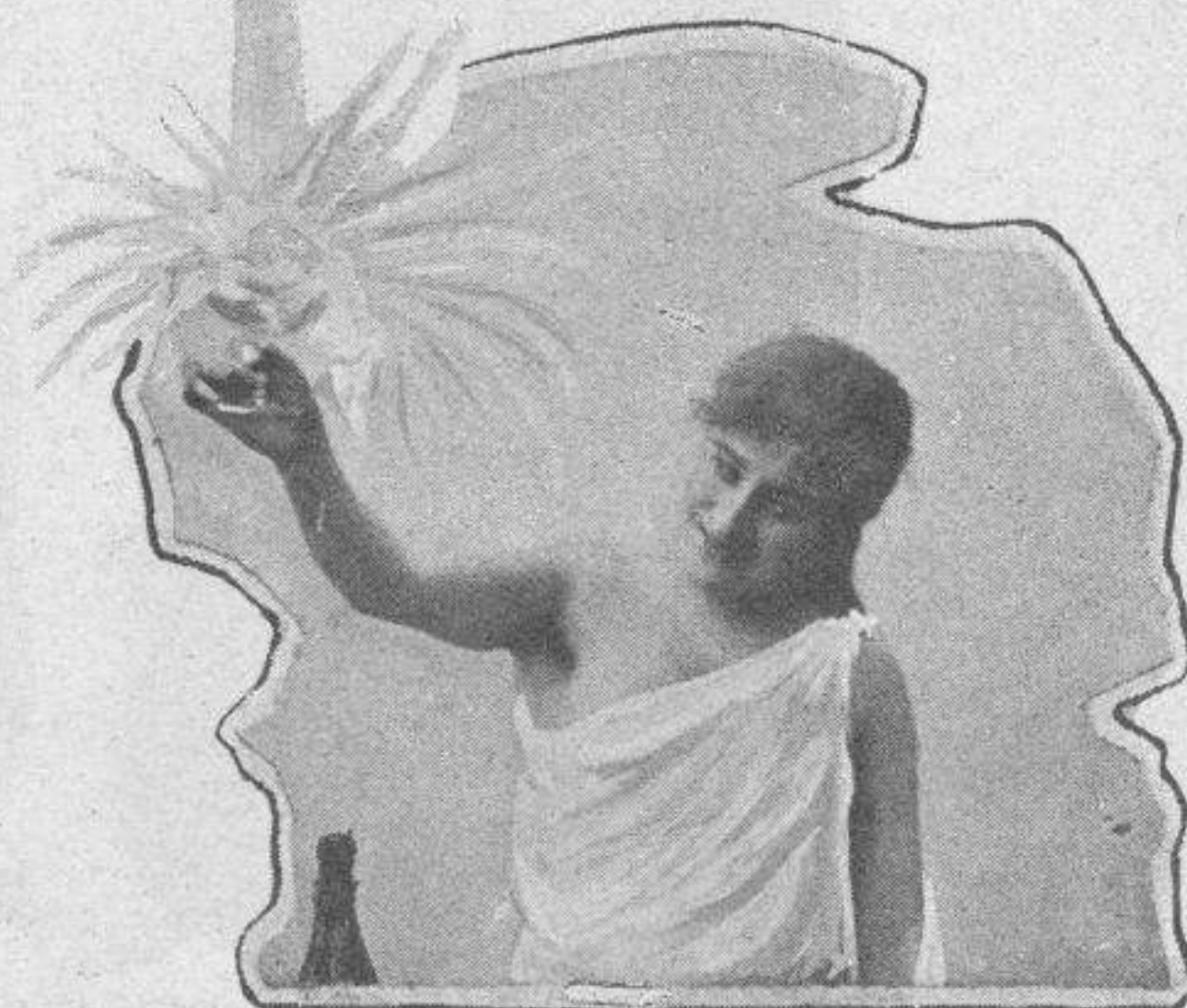
rinde por amor á un canalla disfrazado de caballero, y no engaña jamás á hombre alguno. Soy libre como cuando me burló el barón de Barbeille.

**Luis**.—Señora, confieso humildemente que estoy desconcertado... No quiero decir arrepentido, porque María de los Angeles no creería en mi palabra, y la vizcondesa se burlaría de ella, con todas las ventajas que le da su talento nativo, educado, según veo, en la más perfecta escuela de la aristocracia.

**María**.—Y del dolor.

**Luis**.—Y del dolor ¡ay, sí! Convengo en ello. Usted, amiga mía, y permítame que le dé amargamente este nombre, usted, aun antes de ahora era la dama superior, que ignoro por qué motivos no ocupaba el lugar correspondiente. Mi torpeza consistió en no verlo, en no acertar... La reina disfrazada de pastora es reina siempre.

**María** (severa).—Señor barón, la falta no está en eso; aunque realmente no hubiera sido yo más que la señorita humilde de la clase media, tenía usted que respetarme como si en la más ilustre cuna hubiera nacido. Luego se quejan los hombres del engaño de las mujeres, y es que nosotras aprendemos en escuela excelente, á costa de muy duras lecciones. Cambie usted la escena; figúrese usted por un momento que no le echo á usted en cara mis pergaminos, y que en lugar de recibirle aquí, en esta mansión que han ilustrado con sus rasgos de honor, con sus proezas, con sus hidalguías, los más grandes próceres, le recibo en un cuarto modesto, donde ve usted cuatro sillas de palo con deshilachados asientos, y con una máquina de coser que da prueba de mi costoso sacrificio; y entonces usted, el respetable barón de Barbeille, se burlaría de la infeliz que osaba pedirle cuentas nó de su honra, que fuera en mi sentir lo de menos, pero de su corazón, que era lo más. Habría usted seguido como ha empezado: grosero, lascivo, soberbio, tirano. Aun aquí, es posible



—Echa, echa, que no lo pagamos nosotras.



## La Saeta

que me haya usted confundido con la camarera de la dama que gobierna este palacio.

**Luis.**—Nó, eso nó.

**María.**—Eso sí, y es lástima que para completar mi venganza no se me haya ocurrido tal cosa. Eso sí. Y yo digo: ¿Acaso una costurerilla no es tan digna de aprecio como la señora de Audin, vizcondesa de Nitoville, sobre todo en punto de honra?

**Luis.**—Confieso que habla usted con un talento y con una lógica superiores á mis enseñanzas. No tengo que oponerle si no las murallas irreductibles de los prejuicios sociales. ¿Qué quiere usted que le diga? El mundo es como es. Mal ó bien educado, no hay que ir contra sus costumbres. Si yo hubiera sabido que era usted...

**María.**—Si usted hubiera sabido que era yo la vizcondesa de Nitoville, en lugar de seducirme, fingiéndose enamorado á lo don Juan, habría usted hecho blanco en mi nobleza y en mi patrimonio, y habría usted pedido mi mano. En el fondo habría sido usted tan necio, hipócrita y vil como lo es en realidad, aunque aparentemente nó.

**Luis.**—Es usted cruel. ¿Por qué dice usted eso?

**María.**—Lo digo... lo digo, porque para el amor no hay jerarquías; lo digo, porque no hay más nobleza que la de Cristo dando esta ley: Amaos. Cuando yo conocí á Luis de Barbeille no se presentaba como barón, sino

como abogadillo sin pleitos, y le amé; amé al hombre arrogante, avasallador, en quien me parecía que se sumaban todos los encantos que puede apetecer una doncella; la gallardía y la elevación de alma... Usted se presentaba á mi espíritu noble, pío, amoroso, rendido y tierno, y con esto consiguió embobarle. Sí, cosa de bobería fué; bobería á que fácilmente está inclinada una joven que no conoce del mundo, sino que es grato y bello vivir, y cuya mente se puebla de ensueños dulces y de ilusiones peligrosas.

**Luis.**—Crea usted que yo... ¡si usted supiera! No siempre el hombre puede evitar... ni es responsable ..

**María.**—La contesta de siempre. El hombre entero, de carácter varonil, no rehuye jamás la responsabilidad de sus actos; el barón no sabía mi prosapia, y no me amó, injurióme. Conseguido su objeto, me echó en cara la diferencia de clases; y ahora que yo soy noble, ignora que yo puedo echarle en cara esta palabra horrible. ¡Bastardo!

*El barón se levanta como mordido por una víbora, descompuesto, lívido, extiende los brazos y los deja caer con desaliento triste, no sin que se le crispén nerviosamente los puños.*

**Luis.**—¿Bastardo?... ¿Se referirá usted á las intenciones!

**María.**—Me refiero á la sangre.

GUILERMINA STOCK



—¿Cuándo llegará el día en que los trajes de verano se confeccionen con arreglo á este figurín?



## Sorpresa sin luz

En el pueblo de Tarrasa  
feliz con su tierna esposa  
y en la calle de la pasa,  
vivía Don Luis Costosa  
tranquilamente en su casa.

Con ellos también vivía  
haciéndoles compañía  
su sobrino Antón Lafuente,  
que era Segundo Teniente  
del arma de Infantería.

Tomaron una criada  
que aunque era una moza ruda  
(y como tal, descuidada),  
era por lo bien formada  
una mujer... pistonuda.

Y siendo Vicenta hermosa  
perfectamente se explica  
que el sobrino de Costosa  
de una manera espantosa  
se prendase de la chica.

Pero la moza, prudente  
en más de dos ocasiones

dijo á Valle el asistente,  
«puedes decir al Teniente  
que no venga con canciones.»

Pero el hombre no vivía  
tratando de convencerla,  
pues si ella no le quería  
él, cada vez se sentía  
con más ganas de quererla.

¡Cuántas noches afanoso  
maquinaba el seductor  
esperando ser dichoso,  
deslizarse silencioso  
en el cuarto de su amor!

Y cuántas sin meter ruido  
lleno de amor y de enojo  
volvió á su cuarto aburrido,  
pues siempre encontró el cerrojo  
completamente corrido.

Una noche de tormenta  
porque un cristal rompió Valle  
y echó la culpa á Vicenta,  
la pusieron con la cuenta

de patitas en la calle.

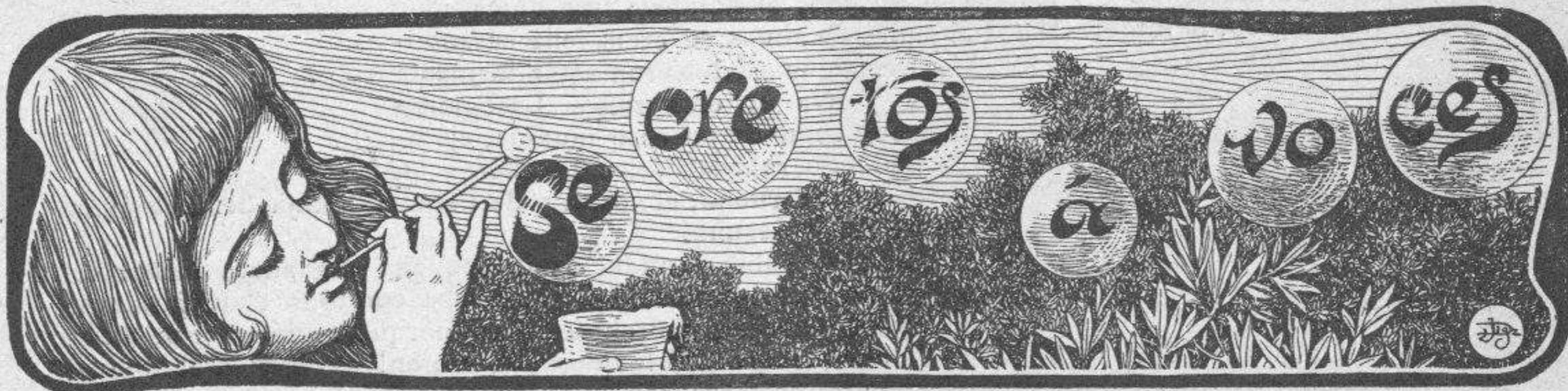
Y por gozar del colchón  
pensando en su buena estrella  
el asistente de Antón  
durmióse en la habitación  
que antes fué de la doncella.

Se fué el teniente á acostar  
(sin enterarse de nada)  
cuando el pasillo al cruzar  
encontró de par en par  
el cuarto de la criada.

Falto el joven de sosiego  
y sin respirar siquiera  
entró en la alcoba tan ciego,  
¡que eran dos ascuas de fuego  
los ojos del calavera!

Y cuando creyó besar  
á la muchacha inocente  
que tanto le hizo penar...  
sintió que empezó á roncar  
el bestia de su asistente.

V. BENEDICTO



## DE PERFUMERÍA

—La mejor agua de Colonia,—dice un fabricante,—  
es la mía.

—No, señores,—objeta otro;—la mía es mejor.

—¡Alto!—replica un tercero... en discordia.—Donde  
está la mía, boca abajo todas las aguas coloniales del  
mundo.

Nosotros, que no somos fabricantes de nada, ni  
aspiramos á explotar al público en ninguna forma,  
guiñamos disimuladamente el ojo al lector y le decimos  
al oído:

—Hágase usted el sordo á esos reclamos. La mejor  
agua de Colonia es la nuestra, que no se compra en  
ninguna parte, porque usted mismo puede y debe  
fabricársela valiéndose de la siguiente fórmula:

Esencia de naranja. . . . .	10 gramos.
» » cidra. . . . .	3 »
» » bergamota. . . . .	10 »
» » limón. . . . .	5 »
» » romero. . . . .	1 »
Tintura de benjuí. . . . .	5 »
Alcohol de 90°. . . . .	1 litro.

Esta es, señores y caballeros, la mejor agua de Co-  
lonia.

Y la más barata.

Lo cual, en los tiempos que corremos, es una cir-  
cunstancia no del todo despreciable.

## ¡A EMPOLVARSE TOCAN!

Como con la perfumería sucede lo que con el co-  
mer y el rascar, ya que estamos con las manos en la  
masa no las saquemos aún. Después de lo dicho so-  
bre el agua de Colonia, no estará de más dar una  
combinación para fabricar polvos de arroz, tan fácil  
como lo es la siguiente:

Agua. . . . .	6 litros.
Arroz muy limpio. . . . .	1 kilogramo.

Déjese en reposo durante veinticuatro horas y de-  
cántese, repitiendo esta operación durante tres días.  
Escúrrase entonces el arroz con un cedazo de crin y  
séquese al aire en una servilleta. Una vez seco, pul-  
verícese en un almirez de mármol, tamícese con au-  
xilio de un pedazo de tela muy fino... y aquí da fin la  
operación.

Ya tenemos hechos los polvos, como no se encuen-  
tran más finos ni más puros en la mejor perfumería  
de París ó de Londres.

DOCTOR V. LOZ



## Por qué riñó Perucho...

**P**ERO cómo diablos había ocurrido el lance? ¡La parejita más mona, más igual de cuantas se arrullaban en todo aquel contorno! ¡Qué! Si aquella unión la había indudablemente decretado Dios, desde que los echó al mundo con mandato de que se buscaran, de que se quisieran, de que fuesen á prosternarse á los piés del cura. El era moreno, requemado por el sol, por los azotes de las lluvias, de los aires, de las nieves, á la intemperie; ella rubia, de un rubio obscuro, como los granos de trigo que también calentaba el astro del día en la planicie. A los dos les había prodigado el gran rey de la Naturaleza sus caricias; pero ¡con cuánto mimo y cuánta dulzura á ella, y con qué furioso ímpetu á él! Así, el galán resultaba fuerte, duro, mocetón, y la doncella delicada, hermosa, gentil. Tipo alto, fornido, el hombre; tipo dulce, muy airoso, la mujer. Hasta el padre de almas se creía feliz casándolos. Decía que así debieron estar formados Adán y Eva en el Paraíso. Las gentes hablaban como de un caso notable, ejemplar, cuando referían á los forasteros los amores de Perucho, el *hosco*, y de Pepona, la hija del rico ganadero Antolín Pezuña.

La moza había sentido desde pequeña verdadera inclinación por el mozo; asegurábase que le amaba con todo el fuego de sus diez y siete abriles, que abriles eran, porque nació en este mes y nó en otro; pero él, ¡si la quería él, virgen! No hay en el humano vocabulario palabras con que expresar aquel enamoramiento sin precedentes. Una vez se estuvo largo rato contemplándola, como se contempla el mar, como se contemplan los cielos azules, como se contempla una imagen en un momento de arrobamiento, de unción religiosa.

—Parece, Perucho, que estás embobado,—le dijo ella riendo.

—Sí que lo estoy, Pepona; ¿y sabes tú por qué? Mira qué pensamientos más raros se le meten á uno en el magín: porque estoy dudando si es verdad que te quiero, ó qué; y si te quiero, por qué te quiero, y si esto que siento yo es querer ó es otra cosa.

—¡Anda, qué sarta de letanías y de disparates! ¡Cualquiera entiende eso! ¡Qué bruto eres!

Perucho se rascó la cabeza y replicó:

—Bueno, sí que soy bruto. Lo que pienso no sé explicarlo, pero sé muy bien lo que pienso. Muchas veces me quitan el sueño estas imaginaciones, dándole vueltas por aquí, vueltas por allá... y dale al tanto de la cosa... y erre que erre... para no salir de este atolladero: «vamos á ver, Perucho, tú eres hombre, bien seguro, porque eres animal...»

—Eso, animal,—interrumpió Pepona dándole una manotada en la cabeza.

—Pues ahí tienes tú cómo hago bien en andar con tantos recelos: yo soy animal, pero tú nó.

—¡Hombre, pues no faltaba otra cosa!

—Y es lo que yo me digo: si ella no es animal, no es mujer. Y si no es mujer, ¿qué es entonces?

—Sí que me gustaría saberlo; ¿qué soy, grandísimo burro?

—Ese es mi tema. Unas veces digo si serás ángel, otra si serás...





## ANTES DEL ESTRENO

Con el gesto fruncido, alborotada, dando furiosamente con el pie en el suelo, replicó la doncella:

—Yo soy Pepona, ¿lo entiendes? Y no quiero ser para tú más que Pepona. Una mujer que ha de casarse contigo, y que de aquí á poco tendrá chiquitines así, así, muy rubios, muy bellos, con los carrillos muy hinchados, y tan parecidos á ti, tan parecidos, que serán tan brutos como tú, salvaje.

Y dándole un soberbio tirón de orejas, se alejó riendo estrepitosamente. A poco se oyeron por allá dentro unos cantares deliciosos, de la tierra, entonados con voz dulcísima.

Perucho, plantado aún, hosco y cabizbajo, decía en sus pensamientos:

—¿No es angei? Bueno; pero ¿es mujer?

\*  
\*  
\*

Pues ya no había boda: aquella promesa de eterno amor se había perdido. Todo concluyó y quedó roto precisamente la víspera cuando el cura estaba á punto de santificar aquella unión decretada en la gloria. Nadie atinaba con el motivo de tan raro rompimiento. Sólo se sabía que la novia se negaba á casarse, sin más razones que el *nó* rotundo y enérgico que había soltado en un momento solemne. Yo sé lo ocurrido y voy á contarlo en dos palabras.

—¡Mañana, Perucho!—exclamó la novia con acento conmovido. Y sus mejillas se tiñeron de vivo carmín.

—¡Mañanal—repitió Perucho con los ojos bajos, abstraído.

—¡Hombrel ¡Parece que lo dices así, de un modo tan triste, tan lúgubrel ¿Es que no estás contento como yo, ahora que nos sonríe la felicidad?

—Pues mira, nó, Pepona. Te amo... ¡vaya si te amo, ya lo sabes tú... Te quiero, porque te quiero, porque eres tú, y no hay en la tierra ni en los cielos más que tú para mí. Tú, tú y siempre tú. Pero digo mal: tú no eres tú... ¡vaya, que no me explico!, tú que no eres ángel, no eres tampoco...

—¡Otra vez!

—Sí, mañana, sí; mañana tú serás tú, serás mujer... ¡y eso es lo que me entristece!

—Vaya, hablemos claro, Perucho; eso de casarse es cosa muy seria. A mí se me alcanza que unos son desgraciados porque aman demasiado, otros porque no aman, y otros porque no saben amar. No unirme á ti, me parece monstruoso, porque te quiero locamente; pero no me casaré si no curas de esa manía. Si después hemos de ser infelices...

—Lo seremos,—adujo el novio con indescripible acento de desesperación.—Mira, Pepona: no quiero engañarte. ¿Sabes lo que me pasa? Que este amor mío es más grande y más fuerte que yo. No puedo con él. Me vence, me vence, me deja aniquilado. Es como cuando uno tiene una ansiedad que se le clava en el pecho hasta que le destruye el corazón. Quisiera casarme contigo y ponerte en una urna para adorarte de rodillas á todas horas, y eso es imposible. Tú sueñas con tener hijos, y eso me desespera: los hijos me probarán que eres mujer, y es lo que yo me digo, tú no eres mujer, y si no eres mujer ¿qué eres?

—No sé lo que soy, Perucho; pero sé que tú eres un grandísimo animal. ¡Vete al cuerno!

Perucho se apartó lentamente, con mucha tristeza en los ojos y en el semblante, andando hacia atrás y diciéndose:

—Sí que soy un animal, lo confieso; pero esto que yo siento no es lo que se siente para casarse; yo soy un rústico y no sé explicarlo, pero lo que yo adoro no es cosa de aquí, de la tierra... No puede ser, no puede ser; yo soy animal, hombre; y ella nó... y si lo es... si lo es, no quiero que lo sea ¡puño, repuño!



—El fondo de la obra podrá no gustar; pero me parece que la forma...

J. F. Luján





## Notas celestiales

UENO. ¿Hablaban ustedes de China? Pues aquí traigo los papeles, es decir, aquí van cuatro noticias curiosas sobre sus papeles públicos.

La prensa china—y el recuerdo viene que ni pintado ahora que se está celebrando el quinto centenario del *inventor* de la imprenta—es la más antigua del mundo.

¿Cuándo nació? Su origen—y aquí sí que la frase es inevitable—piérdese en la noche de los tiempos. Los árabes todavía atravesaban el estrecho de Gibraltar é invadiendo la España daban el disgusto hache al pobre don Rodrigo en las márgenes del Guadalete, lo cual puesto

en números quiere decir á principios del siglo VIII, que ya en la capital de China se publicaba un periódico, aun hoy vivito y coleando, con el título de *Gaceta de Pekín*.

La fecha exacta de su aparición no se conoce; pero en los anales del emperador Kai Yuan, que ocupó el trono desde el año 713 al 741 de nuestra era, se hace ya mención de este antiguo periódico, que entonces se titulaba *Anuncios de la Metrópoli*, y más tarde tomó el nombre de *Noticias de la Capital y de la Corte*, para cambiarlo, andando los tiempos, por el de *Gaceta de Pekín*, que es el que lleva en la actualidad.

Dicha *Gaceta* se publica en forma de folleto de unas diez ó doce hojas de papel muy fino, tamaño algo menor que las páginas de LA SAETA, y se imprime con tipos de madera, grabados muy distintamente por hábiles artistas.

Además de esta publicación, á la cual sus 1.187 años *vistos* de existencia danle indiscutible derecho á llamarse el decano de la prensa universal, hay allí otras no menos curiosas, aunque no tan antiguas. En Hong-Kong se publica la *Prensa cotidiana*, y en Shanghai sale á luz el *Nord-China-Herald*, ilustrado, impreso en chino é inglés á dos columnas. A otro periódico, el *Hapao*, concédesele cierta importancia por ser el órgano del influyente político chino Li-Hung-Chang.

El *Chun-Pao* y el *Hu-Pao* son dos periódicos políticos de los llamados grandes, y el *Magaziné*, una revista científica, que si se ve obligada á recoger velas, no será, seguramente, por exceso de lectores.

Verdad es que en China poca gente lee. Y no lee por dos razones: la una, porque no sabe leer y la otra, porque la mayoría del público prefiere á los periódicos impresos los hablados, es decir, los *chou-chou-tí*.

Los *chou-chou-tí* son unos oradores ambulantes, que van de pueblo en pueblo recitando en medio de la plaza pública la crónica del día y el resumen de las noticias más frescas, y refieren, además, á manera de folletín *no encuadernable*, algún episodio de la historia patria.

Por otra parte, la prensa china carece absolutamente de interés. Y no porque su contenido no tenga á veces miga, sino por la inutilidad final de sus escritos. El Gobierno deja decir á los periódicos cuanto se les antoja, á reserva de no hacer el menor caso de sus indicaciones. —«Tú,—le dice,—habla lo que quieras: yo haré lo que me dé la gana.» El periodista, que está convencido de ello, se limita á hablar de ñoñerías, y el público, puesto en el secreto de este convenio tácito, adopta el partido de no leer nada.

Para terminar; un dato que á buen seguro no ha de sorprender á nuestros lectores: todos los periódicos de aquel país están impresos en papel... de China.

Y aquí ponemos fin á estas breves notas, que nos han parecido *celestiales* por referirse al *Celeste imperio*.



PASIONARIAS

Une las almas Dios en un instante,  
y en otro instante las separa luego;  
el lazo fuerte que á las almas une,  
se halla sólo en el cielo.

¡Olvidarla! No puedo yo olvidarla,  
que lo que bien se quiere, no se olvida  
por nadie ni por nada.

Me anuncia con su toque la campana  
que se ha salvado un alma.  
¿Y otras veces no anuncia su sonido  
que comienzan de otra alma los martirios?

¿Por qué la conocí? Para perderla  
tengo que lamentar con toda mi alma  
aquel momento en que la hallé tan bella.

¿Por qué la hablé? Hubiese preferido  
en silencio quererla y adorarla  
y jamás revelarle mi cariño.

RAFAEL FERNÁNDEZ Y ESTEBAN

Cañitas

AL ÍNTIMO CLEMENTE ESTELA

I

Mis ojos que son azules  
luchan con los tuyos negros.  
Yo lo veo todo obscuro,  
y tú de color de cielo...

II

¿Virgen de la Soledad,  
aquellos labios que quiero  
cuándo los podré besar...?

III

Al farol del guardavía  
he comparado tu amor,  
pues según las circunstancias  
es distinto su color...

IV

De un manojito de flores  
sólo aspiran la fragancia,  
y yo en cambio, veo en ellas  
varias copias de tu cara...

J. ENRIQUE DOTRES

Mirándose al espejo, *flirteando*,  
pensando en el vestido rosa ó verde...  
Hé aquí como suelen pasar el tiempo  
las mujeres.



# Miscelánea

Hace poco tiempo, el carpintero de una provincia recibió la orden de construir brevemente un tablado para las ejecuciones capitales. Como hubiera tardado más de lo regular en terminar su trabajo, al tiempo de entregarlo fué reprendido por el juez.

—Ruego á V. S. que me dispense,—dijo el carpintero;—si hubiera sabido que era para V. S., lo hubiera terminado antes.

Dando una carta á Simón,  
le dijo su amo Padilla:  
—Toma, compra una estampilla  
y métela en el buzón.

Salió y con presteza harta  
volvió, diciendo el camello:  
—Ya está en el buzón el sello;  
¿qué hacemos con esta carta?

Decían á una hermosa que era del primero que llegaba.—Usted se engaña,—respondió ella;—yo no soy del primero, sino del último.

Lola me dice:—Te quiero;  
y yo la digo:—Te amo;  
cree ella mentirme amores,  
y no piensa que la engaño.

Decía Juan á su amigo Pedro:  
—¿Con que te casas?  
—Sí, chico.  
—¿Con esa mujer tan fea?  
—Pero tiene dinero.  
—¿Qué lástima que no puedas tomar el dinero sin la mujer!  
—¿Qué quieres? Yo tomo la mujer, como se toma con el dinero el talego que lo contiene.

Al escuchar como aullaba  
el perro de su vecino,  
dijo un barbero asesino  
que á un pobre martirizaba:  
—¡Diablo! ¿Si estarán matando  
á ese infeliz animal?  
Y el otro dijo:—No tal...  
es que lo están afeitando.

Cierto judío cayó en un pozo. Un cristiano con objeto de sacarle de allí, le dijo que él, con varios palos sueltos que por allí había, fabricaría una escala.

—Nó, nó,—le replicó el israelita;—me guardaría

muy bien de subir por una escala hecha hoy que es sábado.

Así, pues, el pobre pasó la noche en el pozo, con el agua hasta la garganta.

Al día siguiente vino el cristiano y le preguntó qué tal había pasado la noche.

—¡La escala, por Dios, la escala!—clamaba el judío titiritando.

—Líbreme el cielo,—contestó el cristiano,—de trabajar hoy que es domingo.

## Charada

AL DISTINGUIDO CHARADISTA MORENO

Voy á contarle Moreno  
las cosas que he presenciado  
yendo en *cuarta* tras *primera*  
á un pueblo no muy lejano:  
apurar ví *prima* y *dos*;  
hacer *dos tres* con engaño;  
pedir la *cuarta* y *segunda*  
y la *segunda* con *cuatro*,  
es decir inverso el orden,  
á un nene robusto y guapo;  
arrancar el *tercia* y *prima*  
á *dos tres* y, entre ellas, *cuatro*,  
*tercia* y *segunda* que en balde  
quiso librarse del acto;  
y ví por fin á mi *todo*,  
tan impertinente y fatuo,  
que á poco de cuello vuelto  
le atizo un par de sopapos.

A. MORLANS

## Tarjeta

Adela de Gruendas

Formar con estas letras, debidamente combinadas, el título de un melodrama.

F. BENAVENT

## Cuadrado

```

* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *
* * * * *

```

Substituir las estrellitas por letras que, horizontal



y verticalmente, expresen: 1.<sup>a</sup>, instrumento músico; 2.<sup>a</sup>, adjetivo; 3.<sup>a</sup>, nombre de mujer; 4.<sup>a</sup>, planta; 5.<sup>a</sup>, tiempo de verbo, y 6.<sup>a</sup>, color rojo.

JESÚS GÓMEZ

Soluciones á lo insertado en el número 501:

CHARADA.—Petaca.

TARJETA.—El baile de Luis Alonso.

JERoglÍFICO COMPRIMIDO.—Sino.

SALTO DE CABALLO.—

Como canta el prisionero  
para olvidar sus cadenas,  
así canto cuando quiero  
dar lenitivo á mis penas.

Soluciones á lo insertado en el número 502:

RECTÁNGULO NUMÉRICO.—Caimán.

PUEBLO EN ACCIÓN.—Dos hermanas.

ROMBO.—

R  
S A L  
R A T Ó N  
L O S  
N

Correspondencia

por CLAK

F. G.—¡Eche usted y no se derrame... *só guasa!*  
Pero procure usted que sea en familia si quiere  
que su auditorio ría y celebre las agudezas.

A. Y. L.—Allá va su «Lírica.»

«Montado en la copa de la verde higuera,  
contemplaba yo el verdor de la campiña  
y en lontananza el mar que verde era  
como verdes tus ojos, niña.»

Vamos, sí, que le tira á usted el verde.

Micifut.—El apunte nó. Lo otro ya habrá usted visto...

M. P. M.—Procure usted quitar á lo que llama «sonoras bagatelas» lo último; déjelas sonoras, y animelas un poco con ideas y pensamientos, que sin ser profundos tengan algún valor. Lo sencillo es virtud; lo trivial, vicio de la dicción. Por este motivo en poesía lo poético está á dos dedos de la candidez. Los versos que me ha mandado resultan algo fúnebres. Si formalmente desea usted perfeccionarse, lea usted sin cansarse á todos nuestros grandes poetas, principalmente á los de nuestro siglo de oro. Nada de lo que ahora publican los semanarios, ilustraciones inclusive. Esto lo deja para más adelante, y aun así tomando muchas precauciones.

El soneto está mejor escrito, pero es flojo. Si he de serle franco lo único bueno que tiene es el pen-

samiento final, y es lástima que no le ayuden los demás. El cuarto verso del segundo cuarteto asonanta con el primer verso del primer terceto; falta grave; *lanza* es un ripio de tamaño regular. Busque usted otras fuentes de inspiración y veamos.

Futuro.—Largo, prolijo y sin interés. Toque usted otra tecla... ¡Ah, y no se venga usted anónimo!  
R. R. G.—

«EPIGRAMA

Padre la intención es buena  
lo confieso, pero á mí  
no me basta la intención  
para adorar á mi hurí.»

¿Quiere usted explicarme en qué ha conocido usted que eso es un epigrama? ¿Tuvo usted intención de que lo fuese? Pues tampoco á mí me basta la intención... y sin amores en este caso ¿eh?

M. G. F.—¡Pero hombre, por los clavos de Cristo, fíjense ustedes! En este semanario no caben semejantes... atrevimientos. Usted puede escribir algo con gracia, pero gracia fina, culta. Versifica usted con facilidad.

Curro.—Hace usted bien en tener tanta paciencia como explica en sus ciento cincuenta y nueve versos. Paciencia, amigo, que con paciencia todo se alcanza, hasta el cielo. Yo he ganado mi parte en él por haber tenido la paciencia de leer su composición. La paciencia es gran cosa para ser santo, pero no para ser poeta.

J. C.—Los Isidros perdieron su oportunidad. De todos modos no acababan de convencerme. Este otro es bastante flojo: asunto folletinesco. Ya sabe que mi deseo es complacerle, pero hay que aplicarse. La exagerada benevolencia le dañaría á usted mismo. Gracias por los plácemes.

J. M. O.: Nó.—E. G. B.: Nó.—Cardenio: No me gusta.—F. Y. L.: ¡Mamonicos á mí!—T. U. A.: Nó.—P. S. C.: Nó.—Crispulo: Tampoco.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

LA SAETA

Semanario ilustrado

FUNDADOR D. PEDRO MOTILBA

— TODA LA CORRESPONDENCIA Á HEREDERA DE PEDRO MOTILBA Y C.<sup>ª</sup> —

Rambla del Centro, kiosco número 3

— PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN —

España y Portugal, semestre. . . . . 6 pesetas.  
Año. . . . . 11 »  
Extranjero y Ultramar, un año. . . . . 17 »  
Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Tipolitografía Seix: Calle San Agustín; 1 á 5.—Teléfono número 3541.—Barcelona (Gracia)









# LA SAETA

20 cénts.

Núm. 504



